

EL TERROR DE PARIR UN NIÑO MUERTO

Carla Zúñiga Morales

PERSONAJES:

Paula

Virginia

Solange

Gloria

Soledad

Cristina

Natalia

Dolor Infame

Loly

Tristeza infinita

La profesora atormentada

La madre atormentada

Antonieta

Socorro

ESCENA 1: Duele.

La sala de un hospital. La luz baja. Por la ventana, una profunda y espesa oscuridad. Paula está acostada sobre una camilla. Mira el techo como si estuviera contemplando las estrellas y el universo entero. Tiene nueve meses de embarazo, está algo sucia y llena de sudor. A su lado, Virginia, otra mujer embarazada de nueve meses que se queja despacio. A lo lejos suena sutilmente la música de un piano. Es como si algún enfermo terminal, en alguna de esas salas desiertas de hospital, escuchara alguna radio a pila mientras sueña con cómo era su vida mucho antes de empezar irremediablemente a morir poco a poco.

VIRGINIA:
¿Hola? Tengo miedo.

PAULA:
¿Qué?

VIRGINIA:
Hola.

PAULA:
Hola.

VIRGINIA:
¿Te puedo hablar?

PAULA:
Supongo que sí.

VIRGINIA:
Hace rato que quería hablarte y no me atrevía.

PAULA:
Ah.

VIRGINIA:
Tengo miedo.

PAULA:
¿Qué?

VIRGINIA:
Que tengo miedo. ¿Y tú?

PAULA:
No.

VIRGINIA:
Tienes cara de miedo.

PAULA:
No tengo miedo.

VIRGINIA:
Yo estoy cagada de miedo. Literalmente. Creo que me cagué. Denante tenía que ir al baño y no pude mantenerme en pie, del puro miedo, ¿Te ha pasado?

PAULA:
No.

VIRGINIA:
Es que no sé. Amanecí con un mal presentimiento hoy. Me desperté y dije: como que hoy me voy a morir. ¿Te ha pasado?

PAULA:
No.

VIRGINIA:
A mí me pasa todo el tiempo. Y cuando me pasa no puedo salir de mi casa. Como si en la casa uno no se fuera a morir. En cualquier momento puede haber un terremoto y te cae una pared encima, ¿No?

PAULA:
Sí.

VIRGINIA:
Entonces hoy día me desperté así. Y cuando empecé con contracciones dije: Ah, hoy me voy a morir durante el parto. Y no sé, es como si estuviera segura de que me voy a morir durante el parto. ¿Es muy estúpido? Tengo miedo de dar a luz. El parto es la mayor causa de muerte en mujeres en todo el mundo. Incluso ahora siento como que no quisiera tener a este bebé. O sea, quiero a este bebé, lo amo, pero no quiero parirlo. Me gustaría ser un hombre. Me gustaría estar afuera, esperando, sin dolor, a salvo. Estoy asustada porque ya no hay vuelta atrás y no

puedo convertirme en hombre. Estoy a punto de parir y en lo único en lo que puedo pensar es en la muerte.

PAULA:

Ya nadie se muere durante el parto.

VIRGINIA:

Sí. Algunas mujeres mueren durante el parto.

PAULA:

Pero es poco común.

VIRGINIA:

Es muy común.

PAULA:

Nunca he conocido a alguna mujer que muera durante el parto.

VIRGINIA:

Yo he conocido a algunas.

PAULA:

¿A quiénes?

VIRGINIA:

Una vecina.

PAULA:

¿Qué le pasó?

VIRGINIA:

Murió durante el parto.

PAULA:

¿Cómo?

VIRGINIA:

Se partió por la mitad.

PAULA:

¿Qué?

VIRGINIA:

Se partió por la mitad. Se rajó entera. Y se desangró.

PAULA:
¿Por qué le pasó eso?

VIRGINIA:
Son cosas que pueden pasar.

PAULA:
Nunca había escuchado nada igual.

VIRGINIA:
Era una mujer pequeña sí.

PAULA:
¿Cómo?

VIRGINIA:
Era pequeña. Mi vecina. Medía setenta centímetros.

PAULA:
Ah.

VIRGINIA:
Puede ser que eso haya tenido algo que ver con lo que le pasó.

PAULA:
Seguramente.

VIRGINIA:
Yo la vi.

PAULA:
¿A quién?

VIRGINIA:
A mi vecina. La mujer pequeña.

PAULA:
Ya.

VIRGINIA:
Se partió por la mitad.

PAULA:
Ya.

VIRGINIA:

Fue muy triste. Lo tuvo en la casa.

PAULA:

Ah.

VIRGINIA:

Ni siquiera fue a un hospital. En un hospital te pueden coser. Pero acá nada. Lo tuvo en el patio, con sus perros.

PAULA:

¿Tuvo el bebé con los perros?

VIRGINIA:

Claro.

PAULA:

¿Por qué?

VIRGINIA:

Porque era una niña.

PAULA:

¿Qué?

VIRGINIA:

Mi vecina, era una niña. A los niños les gustan los animales.

PAULA:

¿Era una niña y además era pequeña?

VIRGINIA:

Claro. Tenía once años. Su mamá no sabía que ella estaba embarazada.

PAULA:

¿Y de quién era la guagua?

VIRGINIA:

De su tío que abusaba de ella.

PAULA:

Dios mío.

VIRGINIA:

Y que también era pequeño. Medía un metro.

PAULA:

Chuta.

VIRGINIA:

Un desgraciado.

PAULA:

Qué pena.

VIRGINIA:

Los payasos lloraban.

PAULA:

¿Los payasos?

VIRGINIA:

Los payasos del circo.

PAULA:

¿Vivían en un circo?

VIRGINIA:

Claro. La niña era una mujer pequeña, ya te dije.

PAULA:

Hay gente pequeña que no vive en los circos.

VIRGINIA:

Bueno, ella se partió por la mitad. Eso es lo importante.

PAULA:

Terrible.

VIRGINIA:

Espantoso. He estado pensando en ella durante todo el día. Eran dos mitades iguales, ¿Sabes?

PAULA:

¿Qué?

VIRGINIA:
Mi vecina.

PAULA:
Ah, sí.

VIRGINIA:
La mujer pequeña.

PAULA:
Sí.

VIRGINIA:
Muy buena persona.

PAULA:
Ya.

VIRGINIA:
Eran dos mitades iguales. Como una naranja partida con un cuchillo.

PAULA:
Dios mío.

VIRGINIA:
Yo traté de ayudarla. Le tomé la mano, ¿Y sabes lo que me dijo antes de morir?

PAULA:
Qué.

VIRGINIA:
Me miró a los ojos y me dijo: Duele. Eso dijo. Duele.

PAULA:
Se estaba partiendo por la mitad.

VIRGINIA:
Claro. Son cosas que pueden pasar. Entre tantas otras desgracias. Las desgracias abundan y una siempre está parada al medio. ¿Sabes qué me da más miedo que eso?

PAULA:
¿Más miedo que partirse por la mitad?

VIRGINIA:
Sí.

PAULA:
¿Qué?

VIRGINIA:
Matar a la guagua sin querer.

PAULA:
¿Qué?

VIRGINIA:
Hay mujeres que matan a las guaguas sin querer.

PAULA:
¿Cómo?

VIRGINIA:
De muchas formas.

PAULA:
Nunca había escuchado algo así.

VIRGINIA:
Pasa.

PAULA:
¿A quién?

VIRGINIA:
A otra vecina le pasó. A mi vecina del frente.

PAULA:
¿Qué le pasó?

VIRGINIA:
Mató a su guagua sin querer.

PAULA:
Dios mío. ¿Cómo?

VIRGINIA:
Se le olvidó darle pecho.

PAULA:
¿Cómo?

VIRGINIA:
Se le olvidó. Ella era muy olvidadiza. Salió de la casa a hacer cosas y llegó en la noche. La guagua estaba pálida, casi ida.

PAULA:
¿Qué hizo?

VIRGINIA:
Le dio pecho.

PAULA:
Qué bueno.

VIRGINIA:
Pero después se le olvidó que le estaba dando pecho.

PAULA:
Ya.

VIRGINIA:
Y la ahogó. Era una mujer muy voluptuosa mi vecina del frente.

PAULA:
Ya.

VIRGINIA:
La mató. Ella se despertó al otro día y la guagua se había ahogado.

PAULA:
Dios mío.

VIRGINIA:
Era muy drogadicta la vecina. Nunca nadie la había querido, nunca nadie le había enseñado a amar.

PAULA:
Qué terrible.

VIRGINIA:
Se mató unos días después. La encontramos colgada en uno de los árboles de la plaza. Con un cartel que decía...

PAULA:
¿Qué decía?

VIRGINIA:
Duele.

PAULA:
¿Eso decía?

VIRGINIA:
Eso. Nada más.

PAULA:
¿Se conocían?

VIRGINIA:
¿Quién?

PAULA:
¿La mujer pequeña con la mujer drogadicta?

VIRGINIA:
Nunca se vieron. El circo llegó a la población dos años después de lo de mi vecina drogadicta.

PAULA:
Qué terrible.

VIRGINIA:
Terrible. Duele. No hay otra definición. Duele. Eso es lo que significa ser madre en este mundo tan cruel.

ESCENA 2: Una corazonada.

Solange conversa con su hermana Gloria. Gloria tiene una cara horrorosa.

SOLANGE:
Tienes una cara horrorosa.

GLORIA:
Tuve un día horroroso.

SOLANGE:
¿Qué te pasó? ¿Está bien la niña?

GLORIA:
¿Qué niña?

SOLANGE:
Tu hija.

GLORIA:
¿Cuál hija?

SOLANGE:
La niña. Tu niña.

GLORIA:
Ah, sí, está bien, supongo.

SOLANGE:
¿Dónde está?

GLORIA:
No puedo seguir así, siento que me estoy quebrando como una rama seca.

SOLANGE:
Gloria, ¿Dónde está la niña?

GLORIA:
¿Escuchaste lo que te dije? Me haces sentir como si estuviera muerta, te hablo y es como si no me escucharas.

SOLANGE:
¡La niña, Gloria!

GLORIA:

Está arriba, durmiendo, ya te dije.

SOLANGE:

¿Estás segura de que está arriba durmiendo?

GLORIA:

Sí. ¿Por qué me preguntas tanto?

SOLANGE:

Porque venías llegando. ¿No se te quedó en el auto?

GLORIA:

No.

SOLANGE:

La otra vez se te quedó en el auto toda la noche y te diste cuenta recién en la mañana.

GLORIA:

No está en el auto. Yo salí y ella se quedó aquí. Nunca salí con ella.

SOLANGE:

¿La dejaste acá sola?

GLORIA:

Sí. ¿Qué tiene?

SOLANGE:

¿Dejaste sola todo el día a una niña de dos meses?

GLORIA:

Sí.

SOLANGE:

Gloria, esto tiene que parar.

GLORIA:

Ya sé que esto tiene que parar. Por eso estaba en el hospital.

SOLANGE:

¿Subiste a ver cómo estaba al menos?

GLORIA:
Debe estar durmiendo.

SOLANGE:
¡No puedes ser tan descuidada con tu hija!

GLORIA:
¡No es mi hija!

SOLANGE:
¡Sí es tu hija!

GLORIA:
No, no es mi hija. Ya te he dicho mil veces lo que pasó, la noche del parto me quitaron a mi verdadera hija y me trajeron en su lugar a esta otra guagua que no es mía.

SOLANGE:
Gloria, han pasado dos meses, no puedes seguir con lo mismo.

GLORIA:
Escucha lo que te estoy diciendo...

SOLANGE:
Esta es tu hija.

GLORIA:
¡No!

SOLANGE:
¿Por qué dices que no es ella?

GLORIA:
Cuando me la sacaron de adentro vi exáctamente como era. Se quedó grabada en mi memoria, mi hija lloraba, tenía otra mirada, tenía otra cara, se parecía a mí. Esta guagua es extraña, siempre tiene las manos frías, apenas se mueve, no llora, no se ríe, solamente quiere dormir.

SOLANGE:
Tal vez está deprimida.

GLORIA:
¿Cómo va a estar deprimida una guagua de dos meses?

SOLANGE:

Nunca la tocas, no la tomas en brazos, las guaguas necesitan contacto. Tal vez si te siente, si vuelve a sentir tu calor, va a llorar.

GLORIA:

Si la toco me voy a encariñar, ¿Y para qué voy a encariñarme con esta guagua si no es mía? imagínate por un segundo que esto te pasara a ti... imagínate que en tu casa viviera una niña que sabes que es una impostora, una extraña... y que tu verdadera hija estuviera perdida, tal vez en otro país, tal vez está siendo torturada, abusada, tal vez está muerta...

SOLANGE:

Tranquila, Gloria.

GLORIA:

¿Cómo puedes pedirme que esté tranquila? ¿Qué harías tú si te pasara algo como esto?

SOLANGE:

Es que eso que tú crees que te está pasando, no te está pasando.

GLORIA:

Tú no sabes, no tienes idea.

SOLANGE:

Gloria, le hicimos el test de ADN, esta es tu hija.

GLORIA:

Lo hicimos en el mismo hospital donde me la cambiaron, obviamente alteraron los resultados.

SOLANGE:

Anda a ver como está la niña, la dejaste sola todo el día, algo puede haberle pasado.

GLORIA:

¿Por qué no te importa dónde está mi verdadera hija?

SOLANGE:

Tu verdadera hija estuvo aquí, sola todo el día.

GLORIA:

¡Para de decir eso! ¡Escucha lo que te estoy diciendo!

SOLANGE:
¡No puedo seguir escuchándote! ¡Estás loca!

Solange va hacia una de las piezas. Después de unos minutos, regresa.

SOLANGE:
¿Dónde está la niña?

GLORIA:
No vuelvas a decirme que estoy loca.

SOLANGE:
Dime, ¿Dónde está?

GLORIA:
No estoy loca.

SOLANGE:
Gloria, te lo suplico, dime dónde está la niña.

GLORIA:
¡En la pieza!

SOLANGE:
No está en la pieza.

GLORIA:
La dejé durmiendo ahí...

SOLANGE:
Un día esa niña se te va morir, ¿Y qué vas a hacer cuando eso pase?

GLORIA:
No me interesa que se muera esa niña que no es mía, lo que me importa es que nada le pasa a mi hija verdadera, que no sé dónde está.

SOLANGE:
Gloria, tienes depresión post parto, necesitas internarte, el psicólogo dijo que...

GLORIA:
¡No tengo depresión post parto!

SOLANGE:
¿Dónde dejaste a la niña?

GLORIA:
No sé, ya va a aparecer.

SOLANGE:
¿Le hiciste algo?

GLORIA:
No le he hecho nada, te lo juro.

SOLANGE:
¿Por qué no la quieres?

GLORIA:
Porque no la conozco.

SOLANGE:
Gloria...

GLORIA:
Ya te dije. Mi niña era hermosa, esta es horrenda, parece un monstruo, me mira extraño, es roja, es peluda, el otro día me rompió el pecho con su hocico.

SOLANGE:
Dices que quieres recuperar a tu hija, que quieres protegerla, pero acá la tienes y la estás maltratando. Dime donde está la niña y yo me la llevo, yo voy a cuidarla.

GLORIA:
No puedes llevártela, la necesito para seguir amamantando y que no se me corte la leche.

SOLANGE:
Entonces voy a venir a quedarme acá con ustedes.

GLORIA:
No, no quiero que estés encima mía diciéndome que estoy loca. Si alguien me vuelve a decir que estoy loca me voy a tirar por la ventana.

SOLANGE:

Gloria, hicimos todas las pruebas, fuimos a hablar a la PDI, y esta niña es tu niña, tiene el mismo tipo de sangre, el mismo ADN, la misma mancha de nacimiento, esta es tu hija.

GLORIA:

Ándate, no te quiero seguir escuchando.

SOLANGE:

A veces cuando a las mujeres les quitan a sus hijos al nacer, ellas se quedan con una sensación de que no es el mismo bebé que les entregan después...

GLORIA:

¡No me vengas a hablar con esa superioridad moral! Tú lo tienes todo y yo no tengo nada. Tú tienes a tus hijas, a tu compañero. Yo me embaracé pensando que por fin iba a ser feliz y todo ha sido una pesadilla interminable. Primero me quedé sola y después me quitaron a mi niña. Nada ha sido como yo esperaba que fuera.

SOLANGE:

¿Qué fue ese ruido?

GLORIA:

No sé.

SOLANGE:

Es la niña... está ahí, en el suelo durmiendo con el gato.

Solange va corriendo y toma a la niña en brazos, la revisa.

SOLANGE:

Está bien. La niña está bien.

GLORIA:

Te dije. Es una niña extraña, está bien sola, no me necesita.

SOLANGE:

Toma a tu hija.

GLORIA:

Déjala en el suelo, estaba bien ahí.

SOLANGE:

No voy a dejarla en el suelo.

GLORIA:

Ándate, por favor, estoy cansada.

SOLANGE:

Voy a decirle a tu psicólogo que tú no estás en condiciones de cuidar a esta niña.

GLORIA:

¡No le vas a decir nada!

SOLANGE:

Tienes los ojos desorbitados, esta no eres tú misma.

GLORIA:

¡Por supuesto que no soy yo misma! ¡Soy más dolor que persona!

SOLANGE:

El dolor transforma a las personas en monstruos.

GLORIA:

¿Y qué quieres que haga? Soy un monstruo y ya no sé como volver a ser persona, no sé cómo se hace.

SOLANGE:

Toma a tu niña en brazos.

GLORIA: **Tomando un cuchillo.**

¡Si vuelves a pedirme eso voy a matarte!

SOLANGE:

Cálmate, Gloria. Baja ese cuchillo.

GLORIA:

¿Dónde está mi niña?

SOLANGE:

¡¡Esta es tu hija!!

Gloria trata de cortar a Solange. Sin embargo, corta un poco a la niña en una pierna. La niña comienza a sangrar. Sin embargo, no llora.

SOLANGE:

Cortaste a la niña... ¿Por qué no llora? Está sangrando y no llora.

GLORIA:

Ándate y no vuelvas nunca más, te lo suplico.

SOLANGE:

No. No quiero dejarte sola.

GLORIA:

Estoy sola. Estoy absolutamente sola y aunque te quedes, todo va a seguir igual. Esto ha pasado mil veces. La gente cree que no pasa, pero pasa. A las mujeres les quitan las guaguas en los hospitales y se las cambian por otras. A la gente que trabaja ahí no le importa. Seguramente dejan a las guaguas ahí tiradas y luego cuando van a buscarlas, las seleccionan al azar y se las entregan a cualquiera. Porque en el hospital ya no somos más cuerpos, somos cosas. Somos corcheteras, somos plástico, somos vasos de café. Nos abren como si fuéramos bolsas plásticas y nos extirpan a nuestras niñas como si fueran trozos de carne cruda. No existimos, no somos, no estamos. Y aunque las madres rueguen, ahí, tiradas, anesteciadas, rotas por dentro, que no les quiten a sus hijos, a los doctores y a las enfermeras no les importa. Te arrebatan a los niños de las manos y se los llevan lejos. Y tú escuchas su llanto, su primer llanto, y no estás ahí para protegerla, y su llanto se confunde con tu propio llanto que tienes en la cabeza. Y vuelves al momento de tu nacimiento y tú misma vuelves a ser esa guagua. Entonces no solo te separan de tu hija que acaba de nacer, también te llevan al momento de tu propio nacimiento y te separan de tu madre otra vez. Y entonces te acuerdas que tu madre está muerta y que te gustaría que estuviera ahí, contigo, tomándote la mano, diciéndote que todo va a estar bien. Pero, no es posible. Estás sola, completamente sola, sentada sobre un charco de sangre.

Pausa.

SOLANGE:

Necesito decirte algo.

GLORIA:

No quiero escucharte.

SOLANGE:

Tengo que decirte algo importante.

GLORIA:
Ándate.

SOLANGE:
Esta niña, es tu niña.

GLORIA:
Voy a ir a recostarme un rato.

SOLANGE:
No. Gloria. Sé que es tu niña. Tengo pruebas de que es tu niña. Hay un video.

GLORIA:
¿Un video? ¿De qué estás hablando?

SOLANGE:
Había una cámara en la sala donde dejan a las bebés recién nacidas.

GLORIA:
No, dijeron que en esa sala no había cámara, tú misma me lo dijiste.

SOLANGE:
Te mentí.

GLORIA:
No, me estás mintiendo ahora.

SOLANGE:
No, ahora te estoy diciendo la verdad. Tengo el video, podría mostrártelo.

GLORIA:
¿Me lo escondiste durante todo este tiempo? No puedo creerlo, pásamelo, déjame verlo, ahí debe salir dónde dejaron a mi niña.

SOLANGE:
Sí, sale. Y no te cambiaron a la niña, mi amor.

GLORIA:
¿Por qué me dices "mi amor"? Solo me dices así cuando te doy pena.

SOLANGE:
No me das pena.

GLORIA:
Quiero ver ese video.

SOLANGE:
No. Todavía no.

GLORIA:
¿Por qué no? ¿Qué pasa?

SOLANGE:
Tu psicólogo dijo que no te lo mostráramos todavía.

GLORIA:
¿Por qué no?

SOLANGE:
Dijo que tenías un cuadro de depresión aguda, y que ver ese video iba a destruirte.

GLORIA:
¿Por qué?

SOLANGE:
Algo le pasó a la niña esa noche que te la quitaron.

GLORIA:
¿Qué le pasó?

SOLANGE:
¿Estás segura que quieres saber?

GLORIA:
¿Qué le pasó?

SOLANGE:
Algo malo.

GLORIA:
¿¿Qué??

Pausa.

SOLANGE:

Uno de los enfermeros abusó sexualmente de la niña. De ella y de otros tres bebés más que estaban ahí esa noche.

Pausa.

GLORIA:

¿Estás segura?

SOLANGE:

Sí.

GLORIA:

¿Por qué?

SOLANGE:

¿Por qué, qué?

GLORIA:

¿Por qué hizo eso?

SOLANGE:

No sé.

GLORIA:

¿Y era ella? ¿Estás segura de que era ella?

SOLANGE:

Sí. Le hicimos un seguimiento con las cámaras. Desde que te la quitaron, luego cuando estuvo ahí, y luego cuando te la llevaron de nuevo. Y es ella. Esta es tu niña.

GLORIA:

Pero mi hija lloraba.

SOLANGE:

A veces cuando los niños sufren abusos de ese tipo, se bloquean emocionalmente y reaccionan así. Y es peor si no reciben ningún tipo de...

GLORIA:

¿Amor?

SOLANGE:

Sí.

GLORIA:

Pero... no se parece a la niña que vi por primera vez.

SOLANGE:

Es porque esa niña que viste por primera vez no existió más. Cambió después de lo que le pasó, y se transformó en ella.

Gloria toma a la niña en brazos. La apoya en su pecho. La niña comienza a llorar de a poco.

SOLANGE:

¿Ese era su llanto?

GLORIA:

Sí. Es ella. Este era el llanto de mi niña.

ESCENA 3: La invitada.

Un cumpleaños. Dos amigas esperan a su otra amiga.

SOLEDAD:

¿Tenías que invitarla? ¿Tenías que invitarla? Chucha, no es por ser pesada, pero, ya no la aguanto y es mi cumpleaños. Yo nací un día como hoy y quiero estar tranquila. No sé si fue porque mi mamá tuvo un parto horrendo y negligente, pero siempre lo paso como el pico para mis cumpleaños. Siempre sangro o me quiebro algo o termino llorando en posición fetal. Y puta, a esta weona yo ya no la soporto. La amo, pero no la soporto. Me salieron llagas en el ano por su culpa, de puro estrés. La veo y me sangra el ano. Yo sé que es fuerte que te diga esto, y seguramente te pone un poco incómoda, pero hoy día me quería poner pantalones blancos y ahora pienso que me los voy a tener que cambiar.

CRISTINA:

Ya, filo, puta, bueno. La invité. La invité. ¿Qué quieres que haga? Desde que le pasó la weá que le pasó que la invito a todas partes porque, puta, a veces me imagino que soy ella y me dan ganas de morirme y yo no quiero que ella se muera.

SOLEDAD:

Ya está muerta, acéptalo. Nuestra amiga de siempre se murió cuando le pasó la weá que le pasó y en su lugar está esta otra persona que es como un zombie. Es ella, pero no es ella. Y a este zombie culiao yo no lo aguanto.

CRISTINA:

Yo no sabía que tú eras tan egoísta.

SOLEDAD:

No digas eso. No soy egoísta. ¿Por qué dices que soy egoísta?

CRISTINA:

Porque solo estás pensando en ti. Piensa en ella también.

SOLEDAD:

La he aguantado. La tuve viviendo aquí un mes. Le respondo el teléfono. La escucho. La escucho durante horas interminables. Sufro. Me viene a ver. Me sangra el ano, me lo limpio, calladita, con confort. Me cambio los pantalones, la vuelvo a escuchar. Y así, durante todo un año. Ya no puedo más, me cansé. Yo también tengo mi vida, también tengo mis propios traumas y mis propios dolores.

CRISTINA:

¿Entonces tú pensabas no invitarla a tu cumpleaños?

SOLEDAD:

Sí, pensaba que tú, yo y mi amiga Loly nos íbamos a juntar a tomar vino, yo iba a usar una corona, nos íbamos a reír, mientras veíamos una película de tiburones y después nos íbamos a dormir, vestidas, acá, tiradas en el suelo. Ese era mi plan perfecto.

CRISTINA:

La Natalia se habría muerto de pena.

SOLEDAD:

No. La Natalia ya está muerta y le habría importado un pico que no la invitara a mi cumpleaños, después de que le pasó la weá que le pasó.

CRISTINA:

Ya, cálmate, te apuesto a que todo va a salir bien.

SOLEDAD:

Ya me deprimí.

CRISTINA:

La Natalia tiene que sanarse. Cuando se sane va a volver a ser la misma de antes.

SOLEDAD:

¿Cómo alguien podría sanarse después de una weá así?

CRISTINA:

Ella es fuerte. Siempre he pensado que la Natalia es como una casa de ladrillos. Esa casa que el lobo sopla y sopla y nunca puede derribar.

SOLEDAD:

Bueno, yo estoy hecha de paja, me soplan dos veces y quedo toda desparramada por el suelo.

CRISTINA:

No digas eso.

SOLEDAD:

Si escucho de nuevo el relato de la weá que le pasó, me voy a tirar por la ventana. No es una exageración. Voy a abrir las dos ventanas del segundo piso, y me voy a lanzar al vacío.

CRISTINA:

No lo va a contar. Vamos a hablar de otras cosas.

Suena el timbre.

SOLEDAD:

Es ella. Y viene más deprimida que nunca. Se nota en el sonido del timbre. ¿Lo escuchaste? Que ganas de no abrir nunca la puerta.

CRISTINA:

Anda a abrirle.

SOLEDAD:

Da lo mismo. Si no le abro, quebraría los vidrios y se metería por la ventana. ¿Nunca has visto una película de zombies? **Dándose vuelta para mostrarle el pantalón blanco a su amiga.** ¿Estoy manchada?

Tiene una pequeña gota de sangre roja en su pantalón blanco.

CRISTINA:

No... Si te manchas te aviso. Tranquila, lo vamos a pasar bien.

Soledad camina hacia la puerta y abre. Aparece Natalia, viene muy triste, con el maquillaje corrido de tanto llorar.

SOLEDAD:

Hola, Natalia. ¿Cómo estás?

NATALIA:

¿Cómo crees que estoy? No tengo ganas de vivir, no tengo un propósito, tengo tanto dolor adentro mío que cada día que pasa es un suplicio. Disculpa, Sole, que no te haya traído un regalo, pero comprenderás que después de que me pasó la weá que me pasó, que estoy más cerca de la muerte que de la vida. Ni siquiera puedo decirte feliz cumpleaños porque la palabra felicidad ya no forma más parte de mi vocabulario.

SOLEDAD:

Eres como un zombie.

CRISTINA:

¡Sole!

NATALIA:

Sí, eso soy. Soy como un zombie.

CRISTINA:

Que gusto de verte, Naty. Estás preciosa.

NATALIA:

Estoy horrenda, no tienes para que mentirme. Y no tengo ningún interés en verme hermosa. La hermosura está absolutamente sobrevalorada, como tantas otras cosas en esta vida.

SOLEDAD:

¿Te sirves un vasito de bebida?

NATALIA:

Me importa un pico todo. Si quieres me sirves, si quieres no me sirves. Me importa una mierda.

CRISTINA:

¿Y cómo va la vida?

NATALIA:

Qué pregunta más imbécil, Cristina. No existo, no tengo vida desde los doctores sacaron a mi guagüita con un forcep y...

SOLEDAD:

¡Tengo llagas en el ano!

NATALIA:

¿Qué?

SOLEDAD:

Sí, por estrés, tengo llagas en el ano. Me duelen mucho, me pican, me sangran.

NATALIA:

A mí me dio un infarto la semana pasada de pura pena. Debería irme, las estoy aburriendo con mis historias, discúlpennme. El dolor te transforma en monstruo y yo ya no sé cómo volver a ser persona.

SOLEDAD:

Bueno, Naty, gracias por venir...

CRISTINA:

No te vayas, Naty. Quédate con nosotras, somos tus amigas y estamos aquí para apoyarte.

SOLEDAD:
Pero...

NATALIA:
Bueno, me quedo. Muchas gracias, las quiero mucho.

CRISTINA:
Y nosotras te queremos a ti.

Suena el timbre.

SOLEDAD:
Debe ser mi amiga del trabajo.

NATALIA:
No, es mi amiga.

SOLEDAD:
¿Qué amiga?

NATALIA:
Una amiga que invité, del grupo de apoyo a mujeres que vivieron violencia obstétrica. Últimamente vamos a todas partes juntas, para poder seguir viviendo. ¿No hay problema que vengan, verdad?

SOLEDAD:
¿Que vengan? ¿Son muchas?

CRISTINA:
Obvio que no hay problema, Naty.

Soledad camina hacia la puerta. Le hace señas a Cristina para que le vea el pantalón. Tiene una mancha más grande de sangre.

CRISTINA: **A Soledad.**
Nada, amiga, nada.

Soledad abre la puerta. Entra Dolor infame.

SOLEDAD:
Hola, me llamo Soledad y soy la amiga de...

DOLOR INFAME:
No puedo respirar... estoy teniendo un infarto...

SOLEDAD:
¿Qué?

NATALIA:
¡Estás teniendo un ataque de pánico!

DOLOR INFAME:
No, te juro que es un infarto... tengo un dolor en el pecho... no puedo respirar...

CRISTINA:
¿Llamo una ambulancia?

NATALIA:
¡Saca de adentro ese dolor infame que no te deja vivir!

DOLOR INFAME:
¡No puedo!

Natalia le pega una cachetada a Dolor infame. Dolor infame comienza a llorar.

NATALIA:
Tranquila, tu hija está bien. Está todo bien.

DOLOR INFAME:
Quiero volver a mi casa.

NATALIA:
Nada malo va a pasarle a tu hija. Tu mamá la está cuidando. Está a salvo.

CRISTINA:
¿Qué le pasa?

NATALIA:
A Dolor infame la violó un camillero minutos después de que había parido a su hija. Eso la dejó con una depresión post parto tan severa que se le cayó todo el pelo de un ataque nervioso y cada vez que se separa de su hija tiene ataques de pánico y pensamientos suicidas.

CRISTINA:
Chucha.

SOLEDAD: **A Dolor infame.**

¿Te sirves un vasito de bebida?

DOLOR INFAME:

No, gracias. Durante los últimos meses desarrollé una bulimia extrema y no te quiero vomitar la casa.

NATALIA:

Pucha, Sole. Te estamos cagando el cumpleaños, deberíamos irnos.

CRISTINA:

Para nada, ¿De qué están hablando? De hecho, quédense a dormir.

SOLEDAD:

Conchetumadre.

CRISTINA:

¿Qué pasó?

SOLEDAD: **A Cristina, en un rincón.**

Siento que me salió mucha sangre del ano.

Soledad le muestra el pantalón, está todo manchado con sangre.

CRISTINA:

Un poquito... pero pasa piola.

Suena el timbre.

SOLEDAD:

¿Es otra de tus amigas?

NATALIA:

No, nuestra otra amiga está llorando en la plaza y de ahí viene.

CRISTINA:

Que bueno... mientras más seamos, mejor.

Soledad va a abrir la puerta. Es Loly, su compañera del trabajo. Está muy embarazada.

LOLY:

¡Feliz cumpleaños, Sole!

SOLEDAD:

Gracias, Loly. Pasa.

LOLY:

Disculpen que me haya demorado. Es que me pesa tanto esta guata que apenas puedo caminar, me siento como un elefante. ¡Hola a todas! ¡Que alegría estar entre tantas mujeres! Esta es mi última salida antes de ser mamita. Así que estoy muy emocionada y voy a disfrutarla a concho. ¿Cómo están? Me llamo Loly.

NATALIA:

Hola, yo me llamo Muerta en vida.

DOLOR INFAME:

Y yo me llamo Dolor infame.

LOLY:

¿Se llaman así?

SOLEDAD:

No, no se llaman así, ella es Natalia y ella es... no sé cómo se llama.

NATALIA:

A ver, Sole. Nosotras en nuestro grupo nos pusimos estos nombres porque nos representan más. Yo antes me llamaba Natalia pero ahora me llamo Muerta en vida, porque así me siento, ya no soy una persona, soy este sentimiento que es estar muerta en vida. Y ella es Dolor infame. Y nuestra amiga se llama Tristeza infinita.

LOLY:

¿Y de qué es su grupo?

NATALIA:

De mujeres que vivieron violencia obstétrica. A ella la violó un camillero minutos después de que hubiera tenido a su hija y a mí me...

DOLOR INFAME:

Ay... me está dando un infarto... me duele el pecho... no puedo respirar...

Natalia le tira un vaso de agua a Dolor infame. Dolor infame comienza a llorar. Suena el timbre. Soledad va a abrir. Tiene manchado todo el pantalón con sangre.

LOLY:

Sole... tienes una manchita en el pantalón.

CRISTINA:

Es así... es uno de esos pantalones con manchas que se usaban en los noventa.

Soledad abre la puerta. Entra Tristeza infinita, está vestida de payaso. Soledad al verla, grita asustada.

SOLEDAD:

¿Qué es esto?

TRISTEZA INFINITA:

Hola, soy tristeza infinita. Cuando tuve a mi guagüita la matrona me pegó por gritar mucho, me peleé con el equipo médico, ellos me pegaron entre todos y me pusieron un scotch en la boca para castigarme, y cuando nació mi bebé también le pusieron uno a él para que no llorara, y cuando se empezó a ahogar tomé un bisturí y apuñalé al doctor y a una enfermera, y por eso me metieron presa por cinco años, me quitaron a mi hijo, y ahora él le dice mamá a mi hermana y no quiere irse a vivir conmigo porque dice que yo tengo depresión.

SOLEDAD:

Pasa.

CRISTINA:

¿Te sirves una bebidita?

TRISTEZA INFINITA:

No, gracias, en la cárcel me acostumbré a tomar solamente agua.

LOLY:

¿Por qué estás de payaso?

TRISTEZA INFINITA:

Para sentirme más alegre y que así mi hijo quiera vivir conmigo.

NATALIA:

Te estábamos esperando para partir.

SOLEDAD:

¿Para partir qué?

NATALIA:

La sesión de nuestro grupo del taller de mujeres que han sufrido violencia obstétrica.

SOLEDAD:

¿Por qué la van a hacer aquí?

NATALIA:

Porque justo era en el horario de tu cumpleaños. Y no podemos perdernos una sesión.

SOLEDAD:

Mejor no hubieras venido.

NATALIA:

Cristina me rogó que viniera.

DOLOR INFAME:

Necesito volver a mi casa con mi hija.

NATALIA:

¡Siéntate ahí!

TRISTEZA INFINITA:

¡Estoy tan contenta!

NATALIA:

Nadie te cree, tira tu tristeza hacia afuera y sólo así podrás sanarte de este dolor. Vamos a partir con eso. Vamos a llorar durante la próxima hora.

Soledad empieza a irse, su pantalón está completamente teñido de rojo.

CRISTINA:

¿Adónde vas?

LOLY:

¿Se acabó el cumpleaños?

SOLEDAD:

Me voy de esta casa, se las regalo. Voy a arrendar un departamento.

CRISTINA:
¿De qué estás hablando?

SOLEDAD:
No puedo echarlas, así que yo me voy. Quédense aquí para siempre.

NATALIA:
¿Te molesta que hayamos venido?

DOLOR INFAME:
Si quieren yo me voy a mi casa.

NATALIA:
¡Tú no te muevas de acá!

SOLEDAD:
¡Sí, me molesta que hayas venido! ¡Es mi cumpleaños y yo quería ser feliz!

NATALIA:
¡Disculpa que hayamos arruinado tu felicidad con nuestra tristeza! Eres igual que toda la gente, no sabes lidiar con el dolor, eres una cobarde.

SOLEDAD:
¡Y tú eres una egoísta que solo habla de sí misma!

NATALIA:
¿De mí misma? ¿Te molesta que hable de cuando me sacaron a mi guagüita con forcep y se le...?

SOLEDAD:
¡¡Para!! ¡¡No!! ¡¡No quiero volver a escuchar esa historia!! ¡¡Sueño todas las noches con esa historia!! ¡¡Necesito sacármela de la cabeza!!

NATALIA:
¿¿Por qué quieres sacártela de la cabeza si pasó?? ¡¡Eso que te da tanto terror pensar, me pasó a mí y a mi hijo!! ¡¡Nos pasó a nosotros dos!! ¡¡Me mataron a mi hijo en un hospital público!!

TRISTEZA INFINITA:
Tienes razón, tengo depresión y tengo que aceptarlo para así poder sanarme y que mi hijo me vuelva a querer.

LOLY:

Ay... estoy teniendo contracciones parece...

NATALIA:

Vámonos, no podemos estar en donde no nos quieren.

DOLOR INFAME:

Me está dando un infarto, les juro que ahora es cierto.

CRISTINA:

¡No no se vayan, por favor! ¡Quédense!

SOLEDAD:

¡Cristina, eres como el pico conmigo! ¡Te odio!

CRISTINA:

Sole, yo he perdido muchas guagüitas, he perdido tres guagüitas y la Natalia siempre ha estado ahí dándome amor.

NATALIA:

¡Cuando seas madre me vas a entender!

SOLEDAD:

¡Nunca voy a ser madre! ¡Ser madre es una pesadilla horrenda! ¡Es nefasto! ¡Es doloroso! ¿Por qué alguien se sometería a una experiencia tan desgarradoramente terrorífica?

LOLY:

Parece que me voy a ir a mi casa yo también, no me siento bien.

CRISTINA:

Disculpa, no puedo evitarlo...

LOLY:

Ayyyyy...

SOLEDAD:

¿Loly? ¿Estás bien?

CRISTINA:

Parece que está teniendo a la guagüita.

LOLY:

Llamen a una ambulancia, por favor...

NATALIA:

Yo sé sacar guaguas, hice un curso.

LOLY:

No, por favor, no quiero que tú me saques la guagua... no te ofendas pero... Ayyy...

TRISTEZA INFINITA:

Va a nacer muerta, la guagüita va a nacer muerta...

SOLEDAD:

¡Cállate! ¡Idiota! ¡Cállate!

NATALIA:

¡Puja! ¡Puja!

LOLY:

¡Suéltame! ¡No! ¡Necesito a mi doctor!

NATALIA:

Tu doctor es un misógino asqueroso que nada sabe sobre tener útero. Confía en mí. Así debería ser siempre, personas con útero ayudando a otras personas con útero a parir. ¡Puja!

TRISTEZA INFINITA:

No quiero mirar, todo va a salir mal.

SOLEDAD:

¡No, Natalia, deja que venga un médico!

CRISTINA:

¿Por qué no confías en ella?

DOLOR INFAME:

¡No puedo respirar!

NATALIA:

¡Ahí viene! ¡Ahí está su cabeza! ¡Puja!

LOLY:

AAAAAAAAYYYYYYYYY.

CRISTINA:

¡La sacó! ¡La sacó!

TRISTEZA INFINITA:

¿Por qué no llora?

LOLY:

¿Está bien mi guagüita?

SOLEDAD:

Que lllore, haz que lllore.

NATALIA:

No está llorando.

DOLOR INFAME:

¿Por qué la vida es tan cruel?

Dolor infame se desmaya.

SOLEDAD:

¡Haz que lllore!

TRISTEZA INFINITA:

Tendríamos que haber ido a un hospital.

CRISTINA:

¿Por qué no llora?

NATALIA:

¡Va a llorar!

Silencio. La guagua comienza a llorar de a poco. Natalia le entrega la guagua a Loly. Loly se queda tirada en el piso.

TRISTEZA INFINITA:

Lloró. La guagüita lloró.

LOLY:

Gracias.

SOLEDAD:

La guagüita es igual a ti, es hermosa.

Dolor infame, levantándose del piso.

DOLOR INFAME:

Ahora sí puede respirar bien... ¿Está bien la guagüita?

LOLY:

Sí, está bien.

SOLEDAD:

¿Adónde vas?

NATALIA:

Nos vamos.

CRISTINA:

No, no se vayan.

NATALIA:

Vamos a estar bien. Hace tiempo que no tenía un día tan lindo.

SOLEDAD:

Quédense. Hagamos su sesión todas juntas y después comemos torta y cantamos karaoke.

NATALIA:

¿Y si nos ponemos a llorar?

SOLEDAD:

Lloramos.

ESCENA 4: No se puede ser madre sin tener miedo.

Una casa. Una madre atormentada conversa con una profesora atormentada.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Yo sé lo que usted está haciendo.

LA MADRE ATORMENTADA:
¿Qué estoy haciendo?

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Usted está mutilando a sus hijos.

LA MADRE ATORMENTADA:
¿Cómo se le ocurre decir algo así sobre mí? Yo jamás le haría algo así a mis hijos. Yo los amo con todo el corazón.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Sí, pero eso es lo que está haciendo, metafóricamente.

LA MADRE ATORMENTADA:
No me venga a hablar con esas palabras extrañas.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
¿Por qué no está mandando a sus hijos al colegio?

LA MADRE ATORMENTADA:
Porque han estado enfermos.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
¿De qué han estado enfermos?

LA MADRE ATORMENTADA:
De una enfermedad extraña.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
¿Qué síntomas tienen?

LA MADRE ATORMENTADA:
Se les cae la piel a pedazos.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
¿Se les cae la piel a pedazos?

LA MADRE ATORMENTADA:
Sí. Yo creo que es lepra.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
¿Qué?

LA MADRE ATORMENTADA:
Que mis hijos tienen lepra.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
¿Me muestra el certificado médico?

LA MADRE ATORMENTADA:
No sé dónde lo tengo.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
¿Y usted no se ha contagiado?

LA MADRE ATORMENTADA:
No.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Sus hijos tienen que ir al colegio.

LA MADRE ATORMENTADA:
¿Por qué?

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Porque no puede negarles la educación.

LA MADRE ATORMENTADA:
Están con profesores particulares.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
¿Quiénes son esos profesores particulares?

LA MADRE ATORMENTADA:
Yo.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
¿Usted es profesora?

LA MADRE ATORMENTADA:
No. Pero sé muchas cosas.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Eso no cuenta como educación.

LA MADRE ATORMENTADA:
¿Quién lo dice?

LA PROFESORA ATORMENTADA:
La ley lo dice.

LA MADRE ATORMENTADA:
Cuando se mejoren de la lepra los voy a volver a mandar al colegio.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Sus hijos no tienen lepra.

LA MADRE ATORMENTADA:
Sí tienen.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Señora.

LA MADRE ATORMENTADA:
¿Qué?

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Usted tiene un aspecto terrible.

LA MADRE ATORMENTADA:
Usted tendrá un aspecto terrible.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
No, usted tiene un aspecto terrible. Pareciera como si quisiera ponerse a llorar.

LA MADRE ATORMENTADA:
No quiero llorar.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
¿Qué le pasa?

LA MADRE ATORMENTADA:
Nada.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Algo le pasa.

LA MADRE ATORMENTADA:
No.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
¿Dónde están los niños?

LA MADRE ATORMENTADA:
Viendo tele.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Los niños necesitan sociabilizar. Necesitan correr. Necesitan ver el sol.

LA MADRE ATORMENTADA:
Los niños necesitan amor.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Yo la vi.

LA MADRE ATORMENTADA:
¿Cuándo?

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Cuando usted se disfrazaba.

LA MADRE ATORMENTADA:
¿De qué está hablando?

LA PROFESORA ATORMENTADA:
En los recreos. Usted se disfrazaba de árbol para ir a ver a sus hijos.

LA MADRE ATORMENTADA:
No sé de qué está hablando.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Y de arbusto. De perro. De niña. De piedra. De todo eso se disfrazaba para ir a ver a sus hijos al colegio.

LA MADRE ATORMENTADA:
No sea ridícula.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Primero trabajó de enfermera en el colegio.

LA MADRE ATORMENTADA:
Sí.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Y la echaron porque le pegó a un niño.

LA MADRE ATORMENTADA:
El niño le había pegado a mi hijo.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Sí, pero usted tiró al niño por la escalera. A un niño de cinco años.

LA MADRE ATORMENTADA:
¿Qué quería que hiciera?

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Que no lo tirara por la escalera.

LA MADRE ATORMENTADA:
El niño le dijo a mi hijo algo horrible.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
¿Qué le dijo?

LA MADRE ATORMENTADA:
Le dijo que le faltaba un ojo.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Pero a su hijo le falta un ojo.

LA MADRE ATORMENTADA:
Sí, pero el niño se estaba riendo de que a mi hijo le falta un ojo.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Entonces usted lo votó por la escalera.

LA MADRE ATORMENTADA:
Sí.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
¿Se arrepiente?

LA MADRE ATORMENTADA:
No.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Era un niño de cinco años. ¿Usted qué edad tiene?

LA MADRE ATORMENTADA:
¿Usted quería que yo me quedara mirando sin hacer nada? La gente cree que a mí me da menos pena que mi hijo lllore porque tiene un solo ojo. Pero es todo lo contrario. Da más pena porque él llora por su único ojo y además llora por el ojo que no tiene. Sí, tiene un agujero minúsculo en el lugar donde debería ir su otro ojo, y por ahí le caen lágrimas. Es muy triste verlo llorar. Y cualquier niño que se riera de eso, en el futuro va a ser un psicópata indolente y necesitaba una lección.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Pero la echaron.

LA MADRE ATORMENTADA:
Sí. Porque ustedes las profesoras están acostumbradas a no hacer nada. Ven que los niños maltratan a otras niñas y dejan que eso suceda.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
¿Qué le gustaría que hiciéramos? ¿Qué empujáramos por la escalera a todas las niñas que se ríen de otros niños?

LA MADRE ATORMENTADA:
Sí.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Los niños y las niñas no tienen la culpa.

LA MADRE ATORMENTADA:
Entonces péguenle a los padres.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
¿Por eso se empezó a disfrazar? ¿Para poder defender a sus hijos en el recreo?

LA MADRE ATORMENTADA:
Mis hijos me lo pidieron.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
¿Qué le pidieron?

LA MADRE ATORMENTADA:

Sí, ellos son muy pequeños y no saben cómo defenderse solos. Además no tienen más amigos. Ya nos habíamos acostumbrado a que cuando yo trabajaba ahí, jugábamos todos juntos en los recreos... ellos venían a verme a la enfermería y ahí jugábamos a la pinta...

LA PROFESORA ATORMENTADA:

¿Por qué llora?

LA MADRE ATORMENTADA:

No estoy llorando.

LA PROFESORA ATORMENTADA:

Se le caen las lágrimas.

LA MADRE ATORMENTADA:

¿Qué quiere que le diga?

LA PROFESORA ATORMENTADA:

Que va a volver a mandar a los niños al colegio.

LA MADRE ATORMENTADA:

No los voy a volver a mandar.

LA PROFESORA ATORMENTADA:

¿Por qué no?

LA MADRE ATORMENTADA:

Porque no quiero.

LA PROFESORA ATORMENTADA:

¿Por qué no quiere?

LA MADRE ATORMENTADA:

¿Por qué tengo que darle explicaciones a usted?

LA PROFESORA ATORMENTADA:

Porque yo soy su profesora.

LA MADRE ATORMENTADA:

Pero usted no tiene hijos.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Pero sé mucho sobre la maternidad.

LA MADRE ATORMENTADA:
¿Cómo va a saber sobre la maternidad si no es madre?

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Porque soy hija y mi madre era igual a usted. Y míreme. Mire como camino, con la mirada gacha, con los ojos llenos de terror. ¿Usted quiere lo mismo para sus hijos?

LA MADRE ATORMENTADA:
¿De qué está hablando?

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Usted no manda a sus hijos al colegio porque cree que se le van a morir.

LA MADRE ATORMENTADA:
¿Cómo se le ocurre? Tendría que estar loca. Ya le dije que no los mando porque tienen lepra.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Yo la vi disfrazada de lobo en el patio del colegio, abrazando a sus hijos, llorando cuando tenían que volver a la sala de clases.

LA MADRE ATORMENTADA:
A todas las madres les da pena despedirse de sus hijos.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Hay muchas madres que van todos los días a dejar a sus hijos al colegio y no se ponen a llorar, ni tampoco sienten la necesidad impetuosa de disfrazarse de árbol para volver a ver a sus hijos en el recreo.

LA MADRE ATORMENTADA:
Esas madres son unas psicópatas indolentes y es por eso que sus hijos también son unos psicópatas indolentes.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Usted está mutilando a sus hijos.

LA MADRE ATORMENTADA:
¡Pare de decir eso!

LA PROFESORA ATORMENTADA:

Su hijo mayor ni siquiera es capaz de mirar a la gente a los ojos.

LA MADRE ATORMENTADA:

¡Eso es porque le falta un ojo! ¡Es tímido!

LA PROFESORA ATORMENTADA:

He conocido a muchos niños que solo tienen un ojo y que sí pueden mirar a las personas.

LA MADRE ATORMENTADA:

¿Qué otros niños con un solo ojo ha conocido?

LA PROFESORA ATORMENTADA:

Y su niña del medio, se tuerce los pies todos los días, se cae a cada rato, no sabe correr, no se sube a ningún juego, no juega con nadie.

LA MADRE ATORMENTADA:

La pobre tiene una pierna más corta que la otra.

LA PROFESORA ATORMENTADA:

Y su hijo menor tiene seis años y solamente sabe decir dos palabras: mamá y muerte. Mamá y muerte. Mamá y muerte. Dice mamá porque todo le recuerda a usted y muerte porque piensa que todo lo va a matar.

LA MADRE ATORMENTADA:

¿Qué culpa tengo yo de que me ame tanto y de que sea tan precabido con su entorno?

LA PROFESORA ATORMENTADA:

Eso no es ser precabido con su entorno, eso es vivir en una pesadilla. Sus hijos viven en una pesadilla gracias a usted, que les dice que por todo se pueden morir.

LA MADRE ATORMENTADA:

¿Y usted cree que eso es una mentira? Mis hijos se van a morir algún día y yo quiero que estén preparados.

LA PROFESORA ATORMENTADA:

Eso no es algo que se le diga a un niño.

LA MADRE ATORMENTADA:

¿Por qué no? ¿Por qué no debemos hablarle a los niños de la muerte?

LA PROFESORA ATORMENTADA:

Si se les puede hablar de la muerte, pero no de esa manera.

LA MADRE ATORMENTADA:

Es la única manera que conozco.

LA PROFESORA ATORMENTADA:

¡Deje a sus hijos tranquilos!

LA MADRE ATORMENTADA:

¡No tienes hijos! ¡No tienes derecho a decir una sola palabra!

LA PROFESORA ATORMENTADA:

¡Sus hijos no son suyos! ¡No son suyos!

LA MADRE ATORMENTADA:

¡Son míos! ¡Yo los parí!

LA PROFESORA ATORMENTADA:

Pero ya los parió y ya no le pertenecen.

LA MADRE ATORMENTADA:

¿Y a quién le pertenecen? ¿A ti?

LA PROFESORA ATORMENTADA:

Sí, también me pertenecen a mí.

LA MADRE ATORMENTADA:

Mañana voy a ir contarle a la directora del colegio que tú viniste a acosarme a mi casa.

LA PROFESORA ATORMENTADA:

Cuéntele, no me importa. Lo que me importa es que libere a sus pobres hijos de esta cárcel.

LA MADRE ATORMENTADA:

¿De qué cárcel está hablando?

LA PROFESORA ATORMENTADA:

¡De usted! ¡Usted es su cárcel!

LA MADRE ATORMENTADA:

Yo no hago más que amarlos.

LA PROFESORA ATORMENTADA:

¡Los está asfixiando! Deje que sus hijos corran y se caigan, deje que coman caca del water, deje que otros se burlen de ellos y los humillen hasta hacerlos llorar.

LA MADRE ATORMENTADA:

Sí, porque si se mueren no vas a ser tú la que no va a poder seguir viviendo.

LA PROFESORA ATORMENTADA:

Sus hijos no se van a morir.

LA MADRE ATORMENTADA:

No puedes prometerme eso.

LA PROFESORA ATORMENTADA:

Llevo años haciendo clases en el colegio y ningún niño se ha muerto.

LA MADRE ATORMENTADA:

Bueno, yo he visto como se han muerto miles de niños, atropellados acá en la calle del al frente, a la vecina que se le murió la hija recién nacida, dos primas chicas se murieron, yo cuando niña estuve a punto de morir tantas veces, electrocutada, violada por un vecino, violada por mi abuelo, apuñalada por mi hermano mayor.

LA PROFESORA ATORMENTADA:

¡Pero tus hijos no son tú! ¡No tienen tu vida! ¡Para de pensar solamente en ti!

LA MADRE ATORMENTADA:

¡Ándate de mi casa! ¡Si crees tener todas las respuestas sobre la crianza, anda a encamarte con el primer hombre que vaya pasando y ten tus propios hijos!

LA PROFESORA ATORMENTADA:

¡Yo no sé nadar, ni andar en bicicleta, ni hacer la rueda, ni hablar en público porque mi mamá era igual que tú! ¡Nunca me dejó hacer nada! ¡Nunca me dejó mirar el mundo! ¡Nunca me ayudó a sentirme capaz de hacer las cosas! ¡Solo me preparó para el fracaso, para el miedo, para esconderme, para escapar!

LA MADRE ATORMENTADA:

¡Tú también solamente estás pensando en ti! ¡Me importa un pico lo que te pasó cuando chica! ¡Tu mamá te amaba y no supiste apreciarlo!

¡Malagradecida de mierda! ¡Te voy a acusar con tu mamá para que te saque la mierda!

LA PROFESORA ATORMENTADA:
¡Tus hijos te van a odiar cuando crezcan!

LA MADRE ATORMENTADA:
¡Ya me odian y yo también me odio a mí misma!

La madre atormentada le pega una cachetada a La profesora atormentada. La profesora atormentada le pega una cachetada a La madre atormentada. La madre atormentada comienza a llorar.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Tus hijos no se van a morir. Tu hijo al que le falta un ojo es fuerte, a veces en clases se dibuja un ojo falso en el lugar vacío y mira fijo a los niños que lo molestan, hasta hacerlos llorar. Y a veces sube a la sala de música y toca el piano mejor que cualquier otro niño...

LA MADRE ATORMENTADA:
¿Mi hijo mayor toca el piano?

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Y tu hija del medio se cae, pero siempre se vuelve a levantar. Y le echa vidrio molido en los zapatos a las personas que se ríen de ella y después, cuando las personas tienen los pies rotos y sangrando, ella se sienta al lado y los consuela.

LA MADRE ATORMENTADA:
¿Vidrio molido?

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Y tu hijo menor solo sabe decir mamá y muerte con palabras. Pero también imita el canto de los pájaros y el sonido de las olas del mar. Y también imita el sonido del viento, y el sonido del sol saliendo por la mañana. Y todos lo escuchamos y cerramos los ojos y sentimos que el tiempo desaparece.

LA MADRE ATORMENTADA:
Nunca lo he escuchado.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Estás sorda y ciega. No eres capaz de ver ni escuchar a tus propios hijos. Eso es el miedo. Y el miedo transforma a las personas en monstruos.

LA MADRE ATORMENTADA:

¿Pero cómo puedo hacer para ser persona otra vez? No sé cómo apagarme la cabeza. No sé cómo apagar esa voz que me dice que todo va a salir mal. Que todos van a ser felices menos yo. Y mientras cocino se me vienen a la cabeza imágenes de mis hijos cayendo por el precipicio, mis hijos en accidentes automovilísticos, enfermos de cáncer, asesinados en la calle, sufriendo infartos, desapareciendo de la mano de extraños entre la multitud, cayendo por agujeros que se abren en la tierra, siendo tragados por las olas del mar. Y tú me dices a mí que eso no pasa, pero pasa. A mucha gente le ha pasado. A mucha gente se les han muerto los hijos.

LA PROFESORA ATORMENTADA:

Pero a ti no te va a pasar.

LA MADRE ATORMENTADA:

¿Y si me pasa?

LA PROFESORA ATORMENTADA:

Y si te pasa, te pasa. No hay nada que hacer.

LA MADRE ATORMENTADA:

No quiero que me pase.

LA PROFESORA ATORMENTADA:

No te va a pasar.

LA MADRE ATORMENTADA:

No puedes prometerme eso.

LA PROFESORA ATORMENTADA:

No. Pero si te pasa, al menos sabrás que tus hijos fueron felices. Al menos sabrás que habrán visto la luz del sol, que habrán cantado fuerte, que habrán saltado, corrido, que habrán visto las estrellas.

LA MADRE ATORMENTADA:

Pero es muy tarde, no puedo arreglarlo ahora. Lo más probable es que mis hijos ya estén quebrados y se queden así para siempre.

LA PROFESORA ATORMENTADA:

No es cierto. Yo fui como tus hijos cuando niña, y ahora soy feliz.

LA MADRE ATORMENTADA:

¿Y tu mamá?

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Está muerta.

LA MADRE ATORMENTADA:
Seguramente solo tenía mucho miedo, igual que yo. No se puede ser madre sin tener miedo.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Manda a tus hijos al colegio. Una vez que tus hijos nacen, ya no puedes volver a meterlos adentro tuyo.

LA MADRE ATORMENTADA:
Pero adentro mío estaban bien.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
Cuando guaguas. Pero ahora ya son grandes y adentro tuyo se morirían. Y tendrías que parirlos de nuevo, pero muertos.

LA MADRE ATORMENTADA:
Está bien. Tal vez el lunes los mande al colegio. Va a ser como un parto. Seguramente va a doler.

LA PROFESORA ATORMENTADA:
No te preocupes. Las mujeres estamos preparadas para esa clase de dolor.

ESCENA 5: Un caos en mi corazón.

Un restaurant. Una cita de tinder entre dos mujeres.

SOCORRO:

¿Qué vas a pedir? ¿Pollo? ¿Carne? ¿O eres vegetariana? ¿Te gusta el pescado? ¿Un ceviche? O un crudo. Estoy tan emocionada, hace tanto tiempo que no salía de mi casa. O papas. Podemos simplemente pedir papas y mirarnos a los ojos mientras nos conocemos. ¿Qué signo eres tú? ¿Qué animal? ¿Te gusta el verano o el invierno? Nunca había venido a este lugar, pero me parece como si ya hubiera estado acá. ¿Estoy soñando? Uff. Qué extraño. De repente sentí que esto era como un sueño. Pero, obvio que no es un sueño. Perdona, qué raro que te dijera eso. Es que tuve como un dejavú. O no sé. Perdona. Hace tiempo que siento que estoy a un centímetro de volverme loca. Y a veces pienso: ay, pasé ese centímetro. Pero, no, no. Sigo a un centímetro de volverme loca, así que no te preocupes. ¿Qué vas a pedir? Yo nada, no tengo hambre. Una copa de vino para mí, nada más.

ANTONIETA:

¿Estás bien?

SOCORRO:

Sí, estoy demasiado contenta de haberme juntado contigo.

ANTONIETA:

¿Te puedo decir algo?

SOCORRO:

¿Sí?

ANTONIETA:

Tienes la toalla puesta.

SOCORRO:

¿Qué?

ANTONIETA:

Tienes la toalla puesta en la cabeza.

SOCORRO:

Chucha. Mierda. Perdón. ¿Cómo no me di cuenta? Por eso todos me miraban.

ANTONIETA:

No importa. Parece como un turbante, te ves bien.

SOCORRO:

¡Y estoy con pantuflas!

ANTONIETA:

Eh... sí.

SOCORRO:

Mierda, ¿Cómo me vine hasta acá con la toalla en la cabeza y pantuflas?

ANTONIETA:

Y además estás en calzones.

SOCORRO:

¿Qué?

ANTONIETA:

No tienes pantalón.

SOCORRO:

Conchetumadre. Puta que soy weona.

ANTONIETA:

No importa. Todo está bien.

SOCORRO:

Con razón tenía tanto frío.

ANTONIETA:

Yo te puedo pasar mi chaleco. Toma.

SOCORRO:

Todos me están mirando, qué vergüenza. Debes estar pensando que estoy loca.

ANTONIETA:

No... No, no, no. No.

SOCORRO:

¿Crees que debería devolverme a mi casa? No quiero volver a mi casa, quiero estar acá, contigo.

ANTONIETA:

Puedes ocupar la toalla de falda... podemos seguir con la cita... si quieres.

SOCORRO:

¡Sí quiero! ¿Tú quieres?

ANTONIETA:

Eh... sí, si quiero.

SOCORRO:

Como que dudaste.

ANTONIETA:

No, no dudé. Lo estoy pasando súper bien.

SOCORRO:

Ya, que bueno. Yo también lo estoy pasando súper bien... Y disculpa que esté así, sin pantalones, con pantuflas, con la toalla en la cabeza... Es que me puse a llorar mientras me bañaba y ahí se me pasó la hora. Entonces salí toda apurada y se me olvidó todo.

ANTONIETA:

¿Por qué te pusiste a llorar?

SOCORRO:

No sé si quiero hablar de eso. ¿Podemos hablar de otra cosa?

ANTONIETA:

Sí, claro.

SOCORRO:

Cuéntame algo de tu vida.

ANTONIETA:

Tengo un gato.

SOCORRO:

¿Y cómo se llama?

ANTONIETA:

Mamá.

SOCORRO:

¿Tu gato se llama "mamá"?

ANTONIETA:

Sí. Es que lo encontré el mismo día en que se murió mi mamá. Y a veces siento que mi mamá se reencarnó en él.

SOCORRO:

¿Por qué?

ANTONIETA:

No sé, como que se parecen en muchas cosas. A mi mamá le encantaban las estufas y a mi gato también, a mi mamá le encantaba dormir y a mi gato también, a mi mamá le encantaba dormir conmigo y al gato también, a mi mamá le encantaba mirar por la ventana y a mi gato también. ¿Estás bien?

SOCORRO: **Llorando.**

Sí, perdón, es que me dio pena lo que me contaste.

ANTONIETA:

Pucha, perdón.

SOCORRO:

No, si no es tu culpa. La culpa es de la vida que es tan cruel.

ANTONIETA:

Estás sangrando.

SOCORRO:

Mierda. Por la chucha.

ANTONIETA:

¿Te llegó la regla?

SOCORRO:

No.

ANTONIETA:

Es harta sangre... ¿Estás enferma?

SOCORRO:

No.

ANTONIETA:

¿Te traigo algo?

SOCORRO:

No, lo voy a limpiar con tu chaleco. Después te lo lavo, ¿Puede ser?

ANTONIETA:

Eh... sí. Es que... ese chaleco me lo tejió mi mamá.

SOCORRO:

Putita la weá. Que soy desubicada. Perdóname.

ANTONIETA:

No, no llores, no importa. Mi mamá era muy generosa, yo creo que a ella le habría encantado ayudarte, así que no importa.

SOCORRO:

Eres muy buena persona.

ANTONIETA:

Tú también.

SOCORRO:

No, soy un desastre, mírame. ¿Qué estoy haciendo aquí, en calzones, a un centímetro de volverme loca? Hazme el amor.

ANTONIETA:

Eh... ¿Aquí?

SOCORRO:

Sí.

ANTONIETA:

Chuta, no sé...

SOCORRO:

Perdóname, no debí haberte dicho eso.

ANTONIETA:

¿Por qué estás sangrando?

SOCORRO:

Porque me operaron hace dos días.

ANTONIETA:

Chuta. ¿Pero es normal que sangres así?

SOCORRO:
Sí. Es la casa, que se está cayendo.

ANTONIETA:
¿La casa?

SOCORRO:
Sí, la casa de mi hija.

ANTONIETA:
¿De qué hija?

SOCORRO:
De mi guagüita.

ANTONIETA:
¿De qué guagüita?

SOCORRO:
De la guagüita que tuve hace dos días.

ANTONIETA:
¿¿Tuviste una guagüita hace dos días??

SOCORRO:
Sí.

ANTONIETA:
¿Y está bien que estés acá?

SOCORRO:
Me olvidé de ponerme mi pañal.

ANTONIETA:
¿No deberías estar en reposo?

SOCORRO:
Mira, necesito que comamos, que nos tomemos una botella de champaña y que después me lleves a tu casa y me hagas el amor.

ANTONIETA:
Eh...

SOCORRO:
¿Qué pasa? ¿No te gusto?

ANTONIETA:
Es que... no sé...

SOCORRO:
Me puedo bañar de nuevo en tu casa, sacarme la sangre... que en realidad no es sangre... es la casa que el útero le hace a la guagüita durante todo el embarazo y que después se cae durante cuarenta días... y una tiene que ponerse pañal... pero yo... no me puse...

ANTONIETA:
Eh... veamos cómo se van dando las cosas.

SOCORRO:
Sí, perdón, no quiero ser insistente.

ANTONIETA:
Y... ¿Tienes pareja?

SOCORRO:
Sí, soy casada.

ANTONIETA:
¿Con un hombre?

SOCORRO:
Sí, con un hombre.

ANTONIETA:
Ah. ¿Y él sabe que tú estás aquí conmigo?

SOCORRO:
No.

ANTONIETA:
¿Y por qué estás aquí?

SOCORRO:
Porque quiero que me hagas el amor.

ANTONIETA:
¿Y por qué no le pides a él que te lo haga?

SOCORRO:
No quiero hacerlo con él.

ANTONIETA:
¿Por qué no?

SOCORRO:
Porque lo odio.

ANTONIETA:
¿Y por qué sigues con él?

SOCORRO:
Porque estoy demasiado cansada como para poder salir de aquí.

ANTONIETA:
Deberías pedirle a alguien que te ayude.

SOCORRO:
¿A quién?

ANTONIETA:
No sé, a cualquiera.

SOCORRO:
¿Tú puedes ayudarme?

ANTONIETA:
Yo tengo que cuidar a mi gato.

SOCORRO:
No necesito mucho. Dime que me veo linda pilucha, es lo único que te pido.

ANTONIETA:
Yo creo que esto no va a funcionar.

SOCORRO:
¿Por qué no?

ANTONIETA:
No quiero que me maten.

SOCORRO:

¿Por qué te van a matar?

ANTONIETA:

Eso hacen algunos hombres cuando los engañan con otras mujeres. Apuñalan en la calle a esas otras mujeres y a nadie le importa. La gente se limpia la sangre que les salpicó y siguen su vida como si nada hubiera pasado.

SOCORRO:

No te vayas, te lo suplico.

ANTONIETA:

Disculpa, no es nada contra ti, de hecho me caíste bien, te encuentro súper, súper, extraña, pero me caíste bien...

SOCORRO:

¡Me estoy muriendo!

ANTONIETA:

¿Qué?

SOCORRO:

Metafóricamente me estoy muriendo. Necesito saber que aún existo y para eso te necesito a ti.

ANTONIETA:

¿De qué estás hablando?

SOCORRO:

Tengo diez hijos.

ANTONIETA:

¿Diez hijos?

SOCORRO:

No, en realidad tengo tres, pero siento que tuviera diez. Y me estoy muriendo. Estoy desapareciendo.

ANTONIETA:

¿Por qué?

SOCORRO:

Porque ya no existo. Ya no hago nada por mí misma. Estoy metida en la misma casa todos los días, sin poder salir. Solo salgo al doctor con los niños y no puedo dormir. Los niños se despiertan gritando en la noche, aterrados, y yo tengo que ir a consolarlos, pero ellos no saben que la más aterrada soy yo. Y nunca me dejan tranquila, me siguen al baño, no me dejan hablar con nadie, se comen mi comida, gritan todo el día. Y yo los amo tanto y siento tanta culpa por no ser feliz al lado de ellos. Y a veces me meto al baño y lloro y ellos lloran y gritan afuera de la puerta para que los deje entrar. Y a ratos siento que vivo en una película de horror y que ellos son zombies y que van a romper la puerta para comerme viva. Y siento que los abandono todo el tiempo, a pesar de estar al lado de ellos todo el día, siento que soy una madre ausente, porque no estoy realmente ahí. Porque estoy cansada, porque no soy yo. Porque ya no me acuerdo qué me hacía reír, ni que me gustaba comer, ni qué música me gustaba escuchar, ni qué me gustaba hacer los días domingo. Y no reconozco mi cuerpo tajeado, lleno de cicatrices, lleno de manchas, de heridas. Y mis amigas se aburrían de mí. Y mi familia me odia. Y mi marido no existe. A veces siento que es mi amigo imaginario, que me lo inventé. Y hace dos días parí a la niña y hace dos días que me quiero matar. Me siento tan triste y tan cansada que no he hecho más que llorar y llorar y llorar. Entonces hoy día les di pastillas para dormir a mis tres hijos y me metí a la aplicación y ahí estabas tú. Porque lo único que quería era volver a sentirme joven, volver a sentirme amada, volver a sentirme deseada, aunque fuera solamente por una noche. Y nunca fui tan feliz como cuando tuve quince años y tuve un romance de verano con mi mejor amiga. Y por eso quiero estar contigo porque quiero volver a ser feliz, aunque sea por unos minutos. Y después puedo volver a mi casa y ver todo con más claridad, y ser por fin una buena madre, o definitivamente salir de tu casa y tomar un avión a otro país y cambiarme el nombre y desaparecer de la faz de la tierra y cagarle la vida a esos pobres tres niños o tal vez arreglárselas, porque no sé si es mejor que me quede al lado de ellos en este estado o mejor me desaparezco y los abandono a su suerte, no sé qué es menos egoísta. Y de tanto no dormir, toda la vida me parece un sueño, y ni siquiera sé cómo llegué hasta aquí... vamos a tu casa...

ANTONIETA:

Esta es mi casa.

SOCORRO:

¿Vives en este restaurant?

ANTONIETA:

Sí.

SOCORRO:

¿Y mi casa? ¿Dónde está mi casa?

ANTONIETA:

Tu casa se te está cayendo por la vagina.

SOCORRO:

Nunca había dejado a los niños solos en la casa... ¿Por qué hice eso? ¿Cómo pude haberles dado una pastilla para dormir? La niña solo tiene dos días... Acompáñame a buscarlos, tengo que ir a buscarlos...

ANTONIETA:

Tranquila.

SOCORRO:

Soy la peor madre de todas, soy la peor de todas las madres que han existido en la tierra... soy mala, soy una mujer mala...

ANTONIETA:

No dejaste solos a los niños. Hay alguien cuidándolos.

SOCORRO:

¿Quién?

ANTONIETA:

Tú.

SOCORRO:

¿Qué?

ANTONIETA:

Eres demasiado cobarde como para haber hecho algo así. Has pasado tanto tiempo sin dormir que todo esto está en tu imaginación. En realidad estás en el living de tu casa, en calzones, con pantuflas, sangrando, con la toalla en la cabeza, soñando con cómo era salir de la casa, mirar a alguien a los ojos, tocar otro cuerpo. Tus hijos mayores duermen, pero tu guagua llora en su cuna, llora sin parar hace horas, igual que tú. Tu marido está trabajando, como siempre, y tú estás ahí, petrificada, tratando de recordar cómo era el mundo antes de todo esto. Quién eras tú antes de todo este caos en tu corazón. Y de alguna manera sientes que la respuesta a esa pregunta está en ese verano, hace tantos, tantos años,

cuando te enamoraste de tu mejor amiga. Esa eras tú. Pero esta de ahora, también eres tú.

SOCORRO:

¿Traspasé ese centímetro? ¿Lo traspasé? ¿Me volví loca?

Antonieta ha desaparecido. Es como si Socorro se hubiera despertado de un sueño. El llanto de su hija suena fuerte. Aparece su casa y la soledad que significa, tantas veces, ser madre. Socorro toma a su hija y le da leche de su pecho. Le canta una canción.

SOCORRO: **Cantando.**

La casa se está cayendo de mí.

Y yo soy esa casa que se está derrumbando.

Pero no quiero caer sobre ti.

No quiero aplastarte con mi dolor.

Quiero acordarme de quién soy.

Pero esta casa que se cae de mí,

No me deja pensar, no me deja sentir.

Ojalá que esta casa que se cae de mí,

Nos abrigue de la tormenta que inunda mi corazón.

ESCENA 6: Sobrevivimos.

La misma sala de hospital del inicio. Paula y Virginia se encuentran acostadas, una al lado de la otra. Cada una sostiene entre sus brazos a un bebé.

VIRGINIA:

Sobrevivimos. Estaba segura de que me iba a morir, estaba lista, entregada. Pero no, no pasó nada.

PAULA:

Sí. Felicitaciones por no morirte durante el parto.

VIRGINIA:

Tú tampoco te moriste.

PAULA:

No.

VIRGINIA:

Yo pensé que tú también te ibas a morir. Estabas tan pálida, tan asustada, tan frágil. Parecías uno de esos pajarito chicos que se caen del árbol.

PAULA:

Pero no me morí.

VIRGINIA:

Que bueno. ¿Y qué es?

PAULA:

¿Quién?

VIRGINIA:

Tu guagua.

PAULA:

¿Cómo qué es?

VIRGINIA:

¿Es niña o niño?

PAULA:

No sé. Tiene vagina sí. ¿Y tu guagua?

VIRGINIA:
Otra vagina.

PAULA:
Ah.

VIRGINIA:
¿Me puedo pasar a tu cama?

PAULA:
¿Qué?

VIRGINIA:
Que si me puedo pasar a tu cama.

PAULA:
No.

VIRGINIA:
¿Por qué no?

PAULA:
Porque... no sé... pero, no.

VIRGINIA:
Ya me limpiaron la caca, por si te preocupa eso.

PAULA:
No, no es eso. Es que, no me gusta compartir la cama. Además me duele todo.

VIRGINIA:
Yo te puedo hacer cariño.

PAULA:
¿Qué? No, gracias.

VIRGINIA:
No te voy a hacer nada malo.

PAULA:
Estoy un poco cansada, me gustaría dormir.

VIRGINIA:

¿Cuándo te duermas me puedo pasar a tu cama?

PAULA:

No.

VIRGINIA:

¿No te da pena?

PAULA:

¿Qué?

VIRGINIA:

¿No tener a nadie que te abrace?

PAULA:

No.

VIRGINIA:

A mí sí.

PAULA:

Pídele a una enfermera.

VIRGINIA:

Si ya les pedí, pero no me abrazaron.

PAULA:

¿Y a un doctor?

VIRGINIA:

Esos psicópatas no abrazan ni a sus enfermos terminales y me van a abrazar a mí.

PAULA:

Mañana vas a poder pedirle a tus visitas que te abracen.

VIRGINIA:

¿Qué visitas?

PAULA:

No sé... tus familiares.

VIRGINIA:
No tengo familiares.

PAULA:
¿Alguna amiga?

VIRGINIA:
No tengo amigas.

PAULA:
Pucha.

VIRGINIA:
Voy a tener que abrazar a tus visitas.

PAULA:
Yo tampoco voy a tener visitas.

VIRGINIA:
¿Por qué no?

PAULA:
Porque tampoco tengo a nadie.

VIRGINIA:
Yo iba a tener a alguien, pero no se pudo.

PAULA:
¿A quién?

VIRGINIA:
Se supone que mi mamá iba a estar conmigo... pero se murió hace tres semanas.

PAULA:
¿Hace tres semanas? Que triste.

VIRGINIA:
Sí. Además mi mamá era como una casa. Lo habíamos planeado todo. Íbamos a dormir las tres juntas en la noche, y íbamos a cantar canciones, y a abrazarnos.

PAULA:

Mi mamá también está muerta. Pero ella era extraña conmigo. Siempre me pegaba con palos, con fierros. Una vez no más me dijo que me amaba y fue porque me atropellaron y pensó que me iba a morir.

VIRGINIA:

Que mala tu mamá.

PAULA:

No era mala. Su mamá también le pegaba a ella, sufrió mucho cuando era niña. Ahora mientras tenía a la niña pensé en eso. Pensé en mí de niña y en mi mamá de niña y sentí pena por nosotras. Yo siempre estaba triste. Y salía al patio y miraba a los pájaros volar por el cielo, y me imaginaba que yo también podía volar y que me escapaba lejos.

La guagua de Paula comienza a llorar.

VIRGINIA:

¿Me puedo pasar a tu cama?

PAULA:

No.

VIRGINIA:

Porfa

PAULA:

No.

VIRGINIA:

Ya po.

PAULA:

¡No! Por favor, deja de insistirme. Tengo que calmar a mi bebé.

VIRGINIA:

Va a dejar de llorar si nosotras estamos ahí al lado.

PAULA:

¡No!

VIRGINIA:

¡Tengo miedo y no puedo dormir si tengo miedo!

PAULA:
¡Enfermera!

VIRGINIA:
Echo de menos a mi mamá.

PAULA:
Sí, pero yo no soy tu mamá.

VIRGINIA:
¿Tú no echas de menos a tu mamá?

PAULA:
No, porque mi mamá no me quería.

VIRGINIA:
¡Tu mamá te debe haber querido, a su manera!

PAULA:
¡Cállate! ¡No sabes de lo que estás hablando! ¡No te metas en mi vida!

VIRGINIA:
Me va a dar depresión post parto si me duermo acá sola con la niña.

PAULA:
No te va a pasar nada.

VIRGINIA:
¡No quiero aplastar a la guagüita!

PAULA:
¡Más vamos a aplastar a las guaguas si estamos las cuatro en una cama!

VIRGINIA:
Vamos a estar seguras.

Virginia se acuesta al lado de ella, con su bebé.

PAULA:
¡Sale!

VIRGINIA:
Córrete un poquito.

PAULA:
¡Enfermera! ¡Enfermera!

VIRGINIA:
Están durmiendo las enfermeras. Y están durmiendo abrazadas.

PAULA:
¿De qué estás hablando?

VIRGINIA:
Es invierno. Las enfermeras durante sus turnos, duermen abrazadas. Así, como nosotras ahora.

PAULA:
¿Quién te dijo eso?

VIRGINIA:
Todo el mundo lo sabe.

PAULA:
Las guaguas dejaron de llorar.

VIRGINIA:
Te dije.

Virginia apoya la cabeza en el hombro de Paula. Pausa.

PAULA:
¿Tienes miedo?

VIRGINIA:
Sí. ¿Y tú?

PAULA:
Sí. ¿Se va a pasar?

VIRGINIA:
¿El miedo?

PAULA:
Sí.

VIRGINIA:

Tengo menos miedo en esta cama que en la mía.

Suena una canción, desde una radio de otra pieza.

PAULA:

Esa canción...

VIRGINIA:

¿Qué tiene?

PAULA:

Era la favorita de mi mamá.

VIRGINIA: **Bostezando.**

Es linda esa canción, a mí también me gusta.

Paula sonrío. Virginia cierra los ojos. Paula se apoya en Virginia y también cierra los ojos.